

Culto a la personalidad

Entre los sistemas políticos en que más fuertemente encontramos el culto al líder se hallan los encabezados por Joseph Stalin, Benito Mussolini, Adolf Hitler y Mao Tse-tung, entre los principales. El sociólogo alemán Max Weber subrayó tres tipos diferentes de autoridad: tradicional, racional-legal y carismática. Mientras la tipología de Weber ofrece un punto de inicio útil para discutir los cultos a líderes, es también en cierta forma engañosa o incompleta¹.

Los regímenes nazi, comunista y fascista del siglo veinte buscaban legitimarse a través de una combinación de recursos de tradición, derecho legal y carisma. Lo que les hizo únicos fue la forma en que buscaron construir legitimidad, invirtiendo en ideas, eventos, instituciones, oficinas particulares y personalidades con carisma. Parte de esta estrategia evolucionó en la promoción de cultos dirigidos a crear un lazo entre el líder y el seguidor.

El régimen comunista bajo Stalin, por ejemplo, fue altamente autoritario y desarrolló un culto extraordinario de veneración alrededor de la figura del líder². En el Vigésimo Congreso del Partido Comunista en febrero de 1956, el entonces Primer Secretario del Partido Comunista Nikita Khrushchev atacó el ya finalizado sistema "despótico" de gobierno de Stalin, tras su muerte. En esa ocasión utilizó el término *kult'lichnosti*, traducido como "culto al individuo" o "culto a la personalidad", para explicar los cambios en el sistema de liderazgo soviético después de 1934: la consolidación de la dictadura personal de Stalin, los consiguientes abusos criminales de poder, y la extraordinaria adulación a Stalin, que lo convirtieron ante las masas en un ser omnisciente e infalible³.

El término de Khrushchev, "culto del individuo", puso acento en la psicología de Stalin como un factor explicativo de lo ocurrido, aunque Khrushchev también relató el surgimiento del gobierno despótico de Stalin respecto a los cambios específicos en la estructura de poder de la URSS a inicios de la década de 1930. En sus memorias incluso reconoció que las decisiones políticas tras 1928, tales como la colectivización forzada, pueden haber contribuido a este desarrollo.

Un culto al líder es un sistema establecido de veneración de un líder político al cual se espera que suscriban todos los miembros de la sociedad. Se trata de un sistema omnipresente y ubicuo y que se espera que persista indefinidamente. Es un mecanismo deliberadamente construido y controlado, que busca la integración del sistema político alrededor de la persona del líder.

El aumento de los cultos del líder modernos está muy relacionado a las aspiraciones y métodos de los regímenes revolucionarios del siglo veinte. Gerhard Ritter mucho tiempo atrás notó el aspecto dañino de sus políticas: la dependencia de la violencia, la fuerza y la decepción⁴. Para los Bolcheviques, por ejemplo, con su noción de lucha de

¹ "Ensayos en sociología". Max Weber. H. H. Gerth y C. Wright Mills, eds. Londres. 1991.

² "Carisma, dictadura y democracia plebiscitaria". Luciano Cavalli. Florencia. 1984.

³ "El discurso secreto". N. S. Khrushchev. Presentado por Zhores A. Medvedev y Roy A. Medvedev. Nottingham. 1976.

⁴ "La influencia corruptora del poder". Gerhard Ritter. Trad. F. W. Pick. Londres. 1952.

clases y guerra de clases, la política era similar a la guerra. Los grandes cultos al líder de esta era han estado asociados con líderes que eran representados casi como semidioses o superhombres. Y esta imagen convivía con la realidad de que los regímenes que presidían presenciaron convulsiones domésticas sin presentes, cayendo en las mayores guerras del siglo veinte y grandes devastaciones internas.

Los líderes y el aparato estatal que los rodeaban tenían algunas estrategias básicas de legitimación:

- a) apego afectivo o simbólico, basado en la identificación popular con el régimen, su ideología, instituciones, líderes y eventos en su historia;
- b) apoyo ideológico y programático, basado en la percepción del realismo y conveniencia de las metas ideológicas del régimen y la forma en que esas metas se modificaban en el tiempo de acuerdo a las circunstancias cambiantes, y
- c) logro de rendimiento, basado en la percepción pública de la capacidad del estado de satisfacer las necesidades básicas de la sociedad y sus miembros individuales, tomando en cuenta las limitaciones domésticas e internacionales.

Los estados, con frecuencia acosados por dificultades económicas y conflictos sociales, invariablemente responden buscando el fortalecimiento de la legitimación simbólica. Donde hay bajo consenso en las metas ideológicas y programáticas, el régimen busca reforzar el apego simbólico; se apela a la lealtad de sus ciudadanos, lealtad al estado, al partido y al líder. Es común particularmente en regímenes ideológicos y movilizadores. Esta situación también es común en situación de guerra. Las fuertes privaciones pueden dar mucha fuerza al apego simbólico, donde el sacrificio compartido es visto como ofrecimiento a un bien futuro.

Estas bases de legitimación son frágiles por sí mismas, y dependen del poder estatal para asegurar alguna medida de aceptación. En el caso soviético esos factores estaban relacionados a la emergencia de la propaganda estatal⁵. Hasta qué punto los regímenes pueden forzar el asentimiento popular, y cuánto sobreviven mediante el miedo, la deferencia, apatía o resignación, es variable y complejo. Lo cierto es que mientras funciona, la obediencia es asegurada por el temor y las percepciones de fuerza y durabilidad del régimen.

Como si de un culto religioso se tratase, las figuras líderes del siglo veinte tenían atribuidos poderes cuasi milagrosos. El líder mismo era un don de la providencia, con poderes aparentemente maravillosos, como salvador de su nación con el poder de "sanar" la tierra. No ofrecía salvación en la otra vida, pero a cambio se consideraba que estaba ocupado con la vida de los mortales aquí y ahora en la tierra.

Como la monarquía, el culto al líder del siglo veinte buscaba reforzar el carisma del cargo y de su ocupante, y ganar autoridad a través de la asociación con otras figuras poderosas y respetadas, incluyendo dignatarios extranjeros. Todos los cultos al líder hacen una presunción, que nunca necesita justificarse, para ordenar el apoyo y afecto de sus súbditos. Como los regímenes monárquicos, el culto al líder demanda un protocolo cuidadosamente desarrollado para preservar la mística de la figura venerada. También como los monarcas, los líderes dispensan honores y premios estatales por servicios prestados, vinculando al súbdito con el líder y el estado.

⁵ "El nacimiento de la propaganda de estado: métodos soviéticos de movilización masiva 1917-1929". Peter Kenez. Cambridge. 1985.

Podemos datar el surgimiento de los sistemas dictatoriales modernos y sus cultos al líder en la Revolución Francesa y el período napoleónico. En la Revolución Francesa se promovió la noción pseudo-religiosa de virtudes cívicas, razón, patriotismo y soluciones revolucionarias. Tales "religiones cívicas" no pueden tolerar la coexistencia de otras religiones o movimientos en competencia y oposición. No comparten el poder con nadie ni admiten réplicas.

El régimen comunista soviético desplegó una fuerte proclividad hacia las prácticas del culto, en las cuales el papel del líder asumía una posición central. A la muerte de Lenin en 1924, se creó un comité para supervisar la "inmortalización" de su memoria. Se estableció un instituto para estudiar su cerebro, se erigió un mausoleo para albergar sus restos y sus reliquias fueron preservadas en museos que parecían iglesias en cierta forma. El slogan soviético "Lenin vivió, Lenin vive, Lenin vivirá" encarnaba esta aspiración hacia la inmortalización de la memoria del líder muerto. Su viuda, Nadezhda Krupskaya, y otras grandes figuras políticas se opusieron a la transformación de Lenin en un ícono, pero sus objeciones fueron descartadas.

El mausoleo de Lenin combinaba elementos de la práctica rusa de veneración de zares y santos. Fue diseñado como un imponente santuario inspirador y lugar de peregrinaje, situado en medio de la capital del país. El cadáver embalsamado simbolizaba la no-putrefacción del cuerpo, el signo de santidad. Se convertía así en sujeto de veneración. El mausoleo de Lenin invoca también la imagen de las pirámides egipcias, y al igual que éstas pretendía sobrevivir a los siglos⁶. Esta es una de las manifestaciones más extraordinarias de los cultos al líder del siglo veinte. En Alemania nazi, Hitler y su arquitecto, Hermann Giesler, también tenían sus planes para un mausoleo en Linz.

El erudito italiano Zincone comparó los regímenes totalitarios con las "religiones seculares" y sus partidos, dijo, eran similares a "sectas militantes, confesionales"⁷. Tenían sus propios santuarios, festivales y peregrinajes. Tenían sus propios profetas, apóstoles, sacerdotes y discípulos. Tenían sus propias escrituras sagradas. Poseían su panteón de héroes revolucionarios. Sus grandes festivales y desfiles reemplazaron los servicios y procesiones religiosos. El sistema de adoctrinamiento estaba basado en catecismos y homilías. Las esquinas rojas o de Lenin reemplazaban el lugar del ícono en la casa familiar.

La manifestación de esos cultos aparece casi trans-nacional y trans-histórica, con la veneración del líder como un ser omnisciente, todopoderoso, como un genio benigno y universal. El culto se esfuerza por conferir cierto significado trascendente en el momento presente de la historia, al cual el pasado y el futuro deben dirigirse. Los cultos al líder intentan crear un punto de referencia de todo el sistema de creencia, centrado en un hombre que viene a ser la encarnación pura de la doctrina. El sistema de esta creencia aspira a la universalidad; y las excepciones a esa regla son inherentemente subversivas a la autoridad del culto, por lo que deben ser eliminadas.

Los cultos al líder son vistos como inherentes en regímenes que aspiran hacia el control "totalitario". Esta clase de regímenes del siglo veinte, con sus poderosos cultos a la personalidad del líder, sus organizaciones y doctrinas elitistas, tenían como

⁶ "Creación de un ídolo: los usos de Lenin". Olga Velikanova. Göttingen. 1996. / "¡Lenin vive! El culto a Lenin en Rusia Soviética". N. Tumarkin. Cambridge, Mas. 1997.

⁷ "El estado totalitario". Vittorio Zincone. Roma. 1999.

objetivo declarado la integración de las masas en el proceso político como una comunidad de creyentes.

Es importante, antes de continuar, hacer una distinción entre el culto al líder y la glorificación de líderes políticos en sistemas políticos más abiertos. En donde la "esfera pública" existe y conserva su autonomía, la función de estructuras es abierta y competitiva, el crecimiento de tales cultos es limitado. Sólo en el cierre de la esfera pública se puede incubar el culto al líder desarrollándolo por completo⁸. Los cultos al líder florecen en sistemas políticos cerrados (tanto domésticamente como en sus relaciones con el mundo exterior), en regímenes que fomentan una mentalidad de asedio. Albania, Corea del Norte, Guinea Ecuatorial, China, la URSS, Cuba y el Tíbet son buenos ejemplos, donde no existía la posibilidad de salir del país o siquiera recibir noticias del extranjero, que cerró sus fronteras físicas e informativas, impidiendo la libertad de movimiento y pensamiento independiente de sus habitantes.

En comparación con la visión instrumental de la política en los regímenes democráticos más estables, en los regímenes revolucionarios la política es proyectada como materia de vocación, un llamado de vida, y una causa para luchar y por la cual morir. En esas sociedades la política permanece como materia de profunda creencia y convicción, no exenta de sus propios dogmas inviolables.

El culto sólo puede desarrollarse verdaderamente donde hay funcionarios a cargo de controlar su intermediación con las masas: editores, periodistas, radiodifusores, censores, educadores y formadores de opinión. El culto alrededor de Stalin, por ejemplo, fue promovido conscientemente para fomentar amor y devoción tanto al líder como a la patria⁹. Para eso, el mismo lenguaje jugaba un papel fundamental, no sólo como instrumento de comunicación sino también como código, como medio para definir temas y clasificar grupos e individuos.

El culto póstumo de Lenin fue usado para legitimar a su sucesor. El culto a Stalin fue construido en principio en la base de su cercana asociación con Lenin¹⁰. Para 1925 la gran ciudad de Tsaritsyn fue renombrada como Stalingrado, en honor a las hazañas de Stalin en la guerra civil. Los diputados de Stalin trabajaron activamente para promover su culto como un símbolo de la unidad soviética¹¹. El culto a Stalin se convirtió en base central para la legitimación del régimen soviético. Estaba basado en la noción del Marxismo-Leninismo y la "encarnación de la verdad", con el líder como alguien poseído por poderes casi sobrehumanos - intuición extraordinaria, previsión, excepcionales poderes para formular soluciones a los problemas y una habilidad poco común para inspirar y movilizar a quienes le rodeaban para alcanzar sus fines.

La propaganda y todo el sistema de presión sobre la gente para llevarla a pensar, obedecer y sentir a medida del régimen hacían oídos sordos al hecho real de que la era estalinista fue un período de prolongada adversidad económica, de temor constante a la fuerte represión y del impedimento de ejercer las mínimas libertades humanas para la gran mayor parte del pueblo soviético.

⁸ "Lenin y el fin de la política". A. J. Polan. Londres. 1984. / Ver "Dejad que juzgue la historia". Roy Medvedev. Oxford. 1989. Cap. 11: "Las condiciones que facilitaron la usurpación del poder a Stalin".

⁹ "Opinión popular en la Rusia de Stalin". Sarah Davies. Cambridge. 1997. pág. 150.

¹⁰ "El culto al líder soviético: reflexiones sobre la estructura de liderazgo en la Unión Soviética". Graeme Gill. The British Journal of Political Science. 10:2. Abril de 1980.

¹¹ "Dnevnik 'Velikogo Pereloma' 1928-1931". I. I. Shitts. París. 1991.

Stalin contaba entre sus atribuciones "divinas" incluso con el poder sobre la vida y la muerte de sus propios colegas. Krushchev lo caracterizó en los últimos 15 años de su vida como un "déspota". Pero el gobierno de Stalin era un "despotismo ideocrático"¹². El líder desarrolló a su alrededor su propia corte. Este culto también generó cultos menores alrededor de virtualmente todos los miembros del Politburó. Este patrón luego se extendía a los jefes del partido en las ciudades principales y en las repúblicas. Incluso los directores de empresas mayores tenían sus propios cultos, y sus retratos eran llevados triunfalmente por los obreros en fiestas públicas.

Los cultos a los líderes subordinados a aquellos en el círculo interno de gobierno fueron similares. Pueblos, fábricas, granjas colectivas, escuelas, calles y otros lugares fueron nombrados en su honor. Sus escritos y discursos eran publicados. Sus biografías constituían un género literario diferente, con una idealización de sus vidas revolucionarias de servicio y la celebración de sus cualidades como dotados administradores, ejecutivos y solucionadores de problemas. Sus cumpleaños eran celebrados y a sus muertes sus viviendas podían ser convertidas en museos.

En la Unión Soviética de Lenin y Stalin se intentaba crear una imagen heroica de la política comunista, y así los héroes del partido-estado eran manufacturados a escala masiva. Había héroes del movimiento revolucionario de la Guerra Civil, los "veinticinco mil" que fueron enviados a asistir en la colectivización de la agricultura, héroes komsomols y pioneros, madres heroínas, héroes obreros, los chekistas y soldados del Ejército Rojo que eran guardianes de las revoluciones y otros héroes de la Gran Guerra Patriótica.

El culto pretendía ser el cemento que cubriera las acalladas divisiones, para reforzar el sentido de propósito y unidad. Una unidad que se relacionaba con la "verdad" de la doctrina Marxista-Leninista y la adhesión a esta "verdad" era central al sentido del partido. El poder para interpretar la ideología era un poder absoluto que definía los parámetros de debate político. Por otra parte la veneración del líder, el intérprete de la doctrina, sin duda tenía también su antítesis. Los opositores acusados de Trotskismo, Zinovievismo y Bukharinismo, entre otros, fueron anatematizados como apóstatas, heréticos y cismáticos.

El culto al líder era un aspecto del culto general y práctica que infundían vida al Partido Comunista. Estaba el culto a los padres fundadores (Marx, Engels y Lenin), el culto de la Revolución, el culto del proletariado y el culto del partido, el culto al estado mismo - la URSS - cada uno de los cuales fomentaba sus propios mitos.

El culto al partido era especialmente poderoso, requiriendo total obediencia y obligando a sus miembros a reconstruirse y reeducarse a sí mismos para hacerse miembros dignos¹³. No sólo el partido sino también otras instituciones clave, como el Ejército Rojo, la Cheka, el Komsomol y los Pioneros. Cada uno era foco de lealtades de circunscripciones particulares.

¹² Frase de "El partido soviético del estado: políticas de despotismo ideocrático". Carl A. Linden. Nueva York. 1983.

¹³ Esta actitud y creencia quedó bien resumida por Trotsky en su famosa frase "Sé que no puedo tener razón contra el partido", en el Decimotercer Congreso del Partido. O en la famosa declaración de Pyatakov de su necesidad de someterse a la voluntad del partido.

Los rituales sociales y celebraciones masivas de la Revolución estaban en la vida cotidiana de todo ciudadano soviético; el calendario estaba organizado alrededor de la conmemoración de fechas de gran significado revolucionario. Se convirtió en un aspecto importante de la cultura política de la vida cotidiana, fusionando actitudes tradicionales a la autoridad al nuevo simbolismo del poder¹⁴. El culto al líder era parte de la estrategia con que los regímenes comunistas inventaron sus propias tradiciones¹⁵.

El culto era proyectado a través de la radio, películas, música, la prensa y posters. La proyección del culto fue parte de una amplia administración de propaganda y producción cultural. Era modulada para distintas audiencias, tomando en cuenta las edades y las diferencias regionales, nacionales y étnicas.

Esta compulsión forzada al culto que hemos ejemplificado principalmente con el régimen comunista también sucedió - como ya hemos dicho - en otros sistemas totalitarios, que en algunos casos tenían culto a la personalidad y en otros diferían en forma aunque no en fondo. En la Revolución Francesa era el culto a la revolución, la nación y el ciudadano. Con el régimen Nazi, en cambio, era el culto de la raza, el Volk y el Reich. El líder, en ese caso y al igual que para fascistas y comunistas, tenía que simbolizar algo mayor que sí mismo. El precio a pagar era - y es aún hoy - la propia voluntad, obediencia y vida.

¹⁴ "Cultura política y políticas soviéticas". Stephen White. Basingstoke. 1979. / "Actitudes soviéticas hacia la autoridad: un acercamiento interdisciplinario al carácter soviético". Margaret Mead. Londres. 1955.

¹⁵ "La invención de la tradición". Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.). Cambridge. 1983.